

## DOS IDEALES POLÍTICOS

---

### LOS CUATRO PUNTOS CARDINALES DEL JUICIO

En toda lucha humana violenta he podido descubrir que hay varios criterios para ponerse de parte de un bando ó de otro, para acompañar con la simpatía á uno ú otro de los beligerantes. Estos criterios se escalonan y abarcan toda la extensión del espíritu humano, desde aquella línea fronteriza y culminante que separa al hombre del dios hasta aquella otra inferior en que el hombre confina con el animal.

El criterio más noble y elevado es aquel que, antes de decidirse por uno ú otro de los combatientes, se pregunta: ¿De qué lado están las ideas más altas, las más provechosas para la Humanidad entera? ¿Cuál de ambos bandos conviene á la especie humana que salga victorioso de la prueba? He aquí un criterio que por desgracia guía á muy poca gente. Antes bien, en estos tiempos terribles parece como si los hombres tuviesen miedo ó vergüenza de pronun-

ciar esa divina y escarnecida palabra: Humanidad.

En orden jerárquico inmediato, tras el criterio ideal viene el criterio jurídico, que se interroga ante los hombres en lucha: ¿Quién ha faltado á su palabra empeñada? ¿Quién ha sorprendido la buena fe ó la debilidad de su vecino? ¿Quién ha despedazado el reino de la paz? ¿Quién ha roto el orden de armonía existente para regir sobre los demás por la fuerza y el terror? Tampoco son muchos los que se dejan mover por este criterio, que tanto se refiere á las relaciones de los hombres como á la de los pueblos.

Y tenemos después el tercer criterio, el criterio utilitario, que se pregunta antes de resolverse en un sentido ú otro: ¿De qué lado está mi conveniencia como individuo ó como ciudadano? ¿Cuál de los dos bandos debe triunfar para que mis intereses se beneficien ó no sufran daño? ¿La victoria de quién me es más útil? Triste es confesarlo; pero este criterio sirve de norte á mucha más gente que los anteriores.

No á tantas, sin embargo, como el cuarto, el criterio animal, que no pregunta nada, sino que sigue ciegamente al que combate con más éxito, al que parece dotado de más fuerza, al que gana más victorias, aunque para ello recurra á los procedimientos más refinados ó desvergonzados de la crueldad.

Estos son los cuatro criterios fundamentales. Podría añadirse otro, el criterio de la insensibilidad ó del sentimiento estético, que no se conmueve en ningún sentido ante la lucha ó que se conmueve de igual

modo por los dos bandos. Como representante de este criterio podemos mencionar á Romain Rolland. Es un criterio de espíritus superiores. Por mi parte, me felicito de no ser en esto espíritu superior. Preferiría pertenecer á la desdichada turba de los que van tras el que más pega. Por lo menos, éstos tienen algo de lo más noble del hombre: la pasión por los conflictos de los demás hombres.

Si quisiéramos concretar aún más, diríamos que el órgano del criterio ideal es la razón; el del criterio jurídico, el corazón; el del criterio utilitario, el estómago, y el del criterio animal, el puño.

Uno de los espectáculos más tristes que esta guerra ofrece á todo español delicado es la enorme cantidad de gentes que en España parecen discurrir con el puño, por no decir con los pies. Y es triste, no sólo por la significación política del hecho en sí mismo, sino como síntoma de un estado cultural. Podría ser Alemania la nación cuyo triunfo fuese más fecundo para la especie humana; podría tener en forma inequívoca toda la justicia de su parte; podría convenirnos por todos los conceptos su victoria. Aun así, ningún hombre dotado de alguna sensibilidad para el dolor inmediato podrá sentirse solidario con la nación que ha triturado á Bélgica, la víctima de la buena fe internacional cínicamente violada; que ha dejado sin población á Servia, el pueblo heroico é inmortal que ha combatido durante siglos por su existencia entre el germanismo y el musulmanismo, como un

dique entre dos oleajes contrapuestos, ahora reconciliados para arrasarle definitivamente; que ha destruido Polonia, la eterna mártir. Probablemente, muchos de estos idólatras de la fuerza bruta cuentan entre sus antepasados á hombres que lucharon y acaso murieron en defensa de la independencia nacional. He aquí un tema psicológico preñado de tentaciones: por qué en un pueblo como el español, que tanta sangre ha derramado por el principio de la nacionalidad, abundan tanto ahora los que sienten fervorosas simpatías por los violadores de ese principio en Europa. ¿No ven que si Alemania venciese no se detendría en los Pirineos su planta invasora?

Pero no trató de examinar la guerra á la luz de cada uno de los criterios referidos. Pocos son los que en España fundamentan su simpatía por Alemania en el criterio utilitario nacional. Muchos que admiran el espíritu germánico, bien sea porque va por el mundo calzado con guante de hierro, bien por sus actitudes técnicas ó bien por otras razones que rara vez logran ser claras, convienen, sin embargo, en que España está fatalmente ligada á sus vecinos naturales. En cuanto al criterio jurídico, pocos son ya los que en el mundo entero dudan de que Alemania fué la agresora. Muchos alemanes, enemigos de una hipocresía tan transparente como inútil, reconocen ya que su país deshizo en Europa el reinado de la paz. Puede decirse que sobre este punto ha fallado ya la Historia y que no habrá apelación posible.

Sin embargo, los que hacen esta admisión pretenden justificar la guerra provocada por Alemania en nombre de una civilización y tipo de Estado que por su propia naturaleza tiene derecho á dominar al mundo, cual si los alemanes fueran maestros de escuelas enviados á este planeta para meter la letra de su organización científica á fuerza de sangre. Quiere esto decir pue hay gentes, en Alemania y en los países neutrales, que aspiran á una victoria germánica, fundándose en el criterio ideal, ó sea en el supuesto de que el triunfo del germanismo beneficiaría en conjunto á la Humanidad. Vale la pena de examinar algunos de esos conceptos en que se basa la supuesta superioridad germánica.

DISTINCIÓN ENTRE BARBARIE,  
CIVILIZACIÓN Y CULTURA

Ante todo, conviene precisar si Alemania es un pueblo bárbaro, civilizado ó culto. A mi juicio es un error calificarle de bárbaro. Barbarie significa algo así como estado de naturaleza, un rudimentario sistema social en que no hay más ley que la fuerza inconsciente y ciega. Naturalmente no pueden definirse con entera exactitud las fronteras entre civilización y barbarie. De todas suertes, hay que considerar más bien como una licencia del lenguaje la denominación de bárbaros aplicada á los alemanes, pues el bárbaro practica su barbarie sin clara conciencia, ajeno á toda finalidad reflexiva, mientras que los alemanes han ido á esta guerra y han empleado en ella los métodos que todo el mundo conoce, con un propósito definido: para imponer al mundo su civilización, que ellos reputan superior á todas las civilizaciones, pasadas, presentes y aun venideras. Yo acepto de muy buen talante esas indignadas exclamaciones en que prorrumpen los admiradores de Alemania al oír que alguien la acusa de barbarie. ¡Cómo bárbaro — exclaman — un país como Alemania, con su

ciencia, con su industria, con su comercio, con su estupenda organización! Al contrario — prosiguen —, nunca hubo país tan civilizado. Su civilización está por encima de todos los pueblos de Europa, que es como decir por encima de todos los pueblos del mundo.

No hay inconveniente, en efecto, en admitir que Alemania es el pueblo más civilizado del mundo. ¿Pero es también el más culto? Formular esta pregunta es ya tender sobre la mesa de disección de la crítica el sonado concepto germánico de Kultur. Los alemanes lo emplean para designar indistintamente cultura y civilización. Sin embargo, media entre ellos un abismo. Nos ayudará á comprender su diferencia radical un hombre que lleva un ilustre apellido inglés, hijo de padres ingleses y nacido en Inglaterra, pero que reside desde hace treinta años en Alemania y Austria, saturado de su ciencia y de su espíritu como ningún otro extranjero. Me refiero á Houston Stewart Chamberlain, el sumo pontífice del germanismo, por contraposición á lo que él llama el caos étnico, en el cual están comprendidos, en diverso grado, todos los pueblos mediterráneos. Su libro *Los fundamentos del siglo xx* (1), ya clásico, es la verdadera biblia del germanismo. En él se hace un laborioso ensayo por establecer la distinción entre un pueblo culto y un pueblo civilizado. Quiero resumir

---

(1) Die Grundlagen des 19. Jahrhunderts.

algunos de los datos y algunas de las ideas que dedica á este problema, las más sugestivas que se han publicado en estos últimos años.

En el capítulo primero de su libro bosqueja la distinción entre cultura y civilización, y luego la amplía en el capítulo undécimo. A su juicio, la vida de los pueblos puede manifestarse en una de estas formas: en el saber, en la civilización y en la cultura. Constituyen el saber los descubrimientos (mundo de las cosas) y la ciencia (relación ideal entre ellas). Integran la civilización un gran desarrollo industrial, una economía social altamente organizada, la Política y la Iglesia. Y en la cultura entran la concepción del mundo y el arte.

Buscando las diferencias espirituales de esta clasificación, puede decirse, excluyendo por el momento el saber, que en la cultura se afirma el sentimiento de libertad individual, y que es el reino de la personalidad, mientras que en la civilización el individuo no existe sino subordinadamente: su personalidad está sometida á la organización social en cuyo seno vive. Naturalmente, en todos los pueblos que tienen alguna importancia en la historia universal, se dan mezclados estos tres elementos de saber, civilización y cultura. Pero siempre prepondera alguno de ellos sobre los otros. El pueblo ideal sería aquel en que las tres formas existiesen en proporción equivalente.

Según Chamberlain, ejemplo de pueblo que bus-

có su personalidad en el conocimiento fué el hindu. Pero le faltó capacidad artística, este otro factor de la cultura, y así su filosofía ha llegado á nosotros en forma abstrusa y casi impenetrable. En el pueblo griego llega la cultura á su máxima expresión: de su cantera brotan personalidades creadoras en una abundancia que después apenas se ha dado. Y modelos de pueblos civilizados, esto es, organizados, fueron el romano, que no produjo ninguna idea original, sino una técnica, la de su Derecho, y el pueblo chino. Quizás sea la China el país donde la falta de personalidad, ahogada por una organización social maravillosa, alcanza su grado máximo. Merece transcribirse algo de lo que Chamberlain dice del chino.

SEMEJANZA ENTRE  
EL ALEMÁN Y EL CHINO

Es—dice—trabajador, paciente, desprovisto de alma. Carece de toda cultura, y en él se acentúa ese tipo de vida social llamado «civilización». Carece también de arte y de imaginación. Es industrioso y erudito. Su erudición, sobre todo, no tiene equivalente. Hay una enciclopedia china que consta de 78.731 volúmenes, y si no se hubiera interrumpido, tendría 160.000. Algunos temas, como los «Ritos», llenan ellos solos más de 2.000 volúmenes. La última enciclopedia aparecida, la *Tu-shu*, que comenzó en 1726, llevaba publicados en 1888 nada menos que 1.620 volúmenes. China es el país de la erudición, de las bibliotecas gigantescas. «El chino—dice textualmente Chamberlain—es el hombre convertido en máquina. Mientras permanece en sus aldeas, que se gobiernan solas á la manera comunista—ocupado en regar sus campos, en cultivar sus moreras, en engendrar sus hijos—, inspira casi admiración. Dentro de sus estrechos límites es, precisamente, donde se distingue por su instinto natural, por su habilidad mecánica, por su ardor por el trabajo; pero tan pronto

como los franquea, se convierte inmediatamente en personaje cómico, pues toda esta febril actividad industrial y científica, esta acumulación de materiales, esta confección de catálogos, este esfuerzo mnemotécnico y, como coronación de tantos vanos estudios, estos imponentes exámenes oficiales, esta erudición entronizada, así como este desarrollo fabuloso del arte industrial y de la técnica, subvencionadas por el Estado, todo esto no conduce á nada: le falta alma, le falta lo que hemos llamado *cultura*.

No sería justo decir que este retrato magistral corresponde exactamente al alemán, pero se parece de modo extraordinario.

Fuera de algunas gloriosas excepciones, que han tenido ejércitos de comentaristas, pero apenas sucesores, el retrato del chino trazado por Chamberlain se ajusta espiritualmente bastante al alemán. También él es laborioso, paciente, erudito, especialista, enciclopédico, organizador; en suma, civilizado. Alemania es el verdadero depósito actual del conocimiento humano. Apenas hay libro grande ni pequeño extranjero que no esté traducido. Alemania es un pueblo de traductores, de ordenadores, de catalogadores, de bibliotecarios. Mientras los demás pueblos cultivan su jardín, Alemania se organiza en jardín botánico, con ejemplares de todos los jardines del mundo. No tiene nada de despreciable esta función. En la división universal del trabajo está bien que haya pueblos dedicados al almacenamiento de lo que otros

pueblos crean. Es una función de economía. En estos últimos años han ido legión de españoles á estudiar en Alemania. Bien está, y bien estará que vuelvan después de la guerra. Desgraciadamente, algunos de ellos confunden esta cualidad de almacenamiento con lo que ellos llaman la cultura germánica. No: mejor sería decir civilización, organización germánica.

Esta comparación entre el chino y el alemán no es nuestra. El mismo Chamberlain, hablando del peligro de que la cultura occidental se transforme en asfixiante mecanismo, dice: «Sobre todo, es el alemán (él mismo lo subraya) el que en muchas cosas amenaza volverse chino; por ejemplo: en su manía de coleccionar, de acumular, de amontonar materiales sobre materiales; en su inclinación á descuidar el espíritu por la letra, etc.» Y el mismo Chamberlain recuerda lo que Eckermann cuenta de cómo una vez Goethe le decía, riéndose, á Soret, que, en un mapa-mundi del tiempo de Carlos V, la China llevaba, á modo de noticia, esta inscripción: «Los chinos son un pueblo que tiene una gran semejanza con los alemanes.»

Esta superioridad de civilización, de organización, ha sido la desgracia de Alemania y de Europa entera. Una organización muy desarrollada tiene este grave inconveniente: que su funcionamiento tiende á ser dirigido desde un centro superior, y que sus partes pierden toda autonomía. Es una máquina que va por donde la impulse el hombre que gobierna la

manivela, sin fuerza para detenerse ni preguntar la dirección. Al ser lanzado el pueblo alemán á la guerra, repentinamente, con maravilloso automatismo, como si para ello hubiera bastado que alguien tocara un resorte, nadie preguntó la razón ni el rumbo. Por otra parte, una civilización así, donde la personalidad está sacrificada á la organización, es un peligro constante para los pueblos circunvecinos. Como nadie tiene personalidad, se ignora que haya pueblos ú hombres que la tengan ni que quieran conservarla. Y aunque no se ignore, si el mecanismo de la propia organización exige sacrificar también la personalidad ajena, el pueblo de tipo civilizado no tendrá escrúpulos en aplastar á los pueblos de tipo culto. Su ley es la necesidad de extender su organización.

En suma: quedamos en que Alemania es un país muy civilizado, casi tanto ó más que la China, pero sin cultura, conforme á la distinción de este Chamberlain que ahora es uno de los paladines de la causa germánica. Según lo expuesto, la guerra actual podría definirse como una lucha de la cultura occidental (Francia, Inglaterra, Bélgica, Italia) contra la civilización alemana.

## EL CAOS DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Yo sentía una viva curiosidad por conocer la actitud de Chamberlain ante la guerra. Suponía que de ponerse de parte de Alemania, su patria adoptiva, hallaría para ello razones idealmente más sólidas que ningún alemán, pues en él, á una perfecta asimilación del espíritu germánico, se une un serio conocimiento, en la mayoría de los casos directo, de los demás pueblos europeos. Por esto leí con avidez un opúsculo suyo, escrito en Bayreuth, y en alemán, titulado *Politische Ideale* (Ideales políticos). Es quizás el esfuerzo más hondo que se ha hecho para justificar ideológicamente el triunfo de Alemania, y viene á ser como el compendio y decantación de esa montaña de libros alemanes que ya ha producido la guerra. Me parece una obra representativa y definidora como ninguna otra del criterio ideal de los que suspiran por el triunfo germánico.

A juicio de Chamberlain, Alemania es superior á ningún otro país, y está condicionado como nadie «para ser el corazón de la Humanidad». Por esto debe ser el pueblo alemán «un dominador del mun-

do» (*ein Weltbeherrscher*). Verdad es que en otro lugar del libro dice que no debe serlo «sólo» por la fuerza, aclaración que seguramente basta para tranquilizar la conciencia más recelosa. Los enemigos de Alemania le inspiran lástima ó desprecio. El francés— dice— no es peor que el alemán; pero «el país, bajo la divisa de libertad, igualdad, fraternidad, está dominado por un grupo de políticos profesionales sin conciencia», por «una plutocracia desvergonzada, que engaña al pueblo sistemáticamente, que apenas retrocede ante ningún crimen». En Inglaterra rige la tiranía del Parlamento, la autocracia del primer ministro y del *caucus* que lo rodea, y por encima de todos, gangrenándolo todo, la corrupción. De Italia no se hable. «Italia — dice Chamberlain —, una República con apariencia de Monarquía, es quizás la que está más próxima á una anarquía más completa é irremediable; los gobernantes son hombres sin honor y sin conciencia, demagogos cobardes y al mismo tiempo tiránicos, charlatanes que sólo van á llenar el bolsillo con dinero, suceda después lo que suceda; un Gobierno que encarga á un malhechor profesional (*berufsmässigen Verbrecher*) como el señor Rappaport-d'Annunzio que engañe al pueblo, ha llegado á un punto de abyección moral que aun hace pocos años hubiera sido imposible en Europa. ¿Y las Repúblicas americanas? Viven en una anarquía crónica. Todo por culpa de la Revolución francesa, como muy pronto vamos á ver.

Pues bien: Alemania ha venido al mundo para poner orden en este caos, para desinfectar tanta podredumbre; en suma, para salvar á la Humanidad. Houston Stewart Chamberlain nos va á dar el remedio. Hombre metódico, quiere eliminar primero las raíces del mal; su punto de partida es una negación, haciendo suyas aquellas palabras de Ricardo Wagner: «Sólo necesitamos saber lo que no queremos; de este modo logramos, por involuntaria necesidad natural, lo que queremos, de lo cual sólo adquirimos conciencia con toda claridad una vez que lo hemos conseguido.» ¿Y qué es lo que repudia Chamberlain y con él la Alemania directora? «Por mi parte—dice—contesto aquí con toda resolución: lo que no quiero, lo que rechazo en absoluto es el ideal político que hoy domina el mundo; á saber: el ideal de la Revolución francesa.» Para él las tres palabras Libertad, Igualdad, Fraternidad son mentiras contra la Naturaleza, inventadas por rúbulas, no por el pueblo francés, que sólo quería pan. Los hombres no nacen libres, ni nacen iguales, ni se conducen como hermanos. Y es inútil que á Chamberlain se le diga que estos conceptos no pretenden representar hechos de experiencia, sino principios reguladores, aspiraciones del espíritu. Cuando un hombre afirma que es libre, quiere decir que niega la legitimidad de toda tiranía; cuando declara que es igual á los demás hombres, no hace sino rebelarse contra todo privilegio legal; cuando se confiesa hermano de los demás hombres, condena las lu-

chas fraticidas de individuo á individuo y de pueblo á pueblo. Para Chamberlain no existe la libertad como sentimiento motor; no concibe el hombre que combate por ser libre, y que por el simple hecho de combatir se siente libre, aunque no tenga idea clara de lo que quiere. Sabe, como Wagner, lo que no quiere, y desde el momento que se rebela contra ello comienza su libertad. La libertad no está al término de ningún camino, sino que es un camino sin límites, sin fin ni comienzo; no es ninguna frontera, sino una línea imaginaria que retrocede conforme avanzamos, como el horizonte en el mar. Es una meta ilusoria; pero el incentivo de llegar á ella no está en sí misma, sino en el placer de la marcha, tanto más intenso cuanto más rápida y accidentada sea. Nadie puede darnos la libertad si nosotros no la queremos, si no combatimos por ella día y noche y si no defendemos á brazo partido la senda recorrida.

Negados estos ideales de la Revolución francesa, todo el andamiaje que los hombres han inventado para realizarlos se viene á tierra. «La democracia—dice Chamberlain—lleva necesariamente á la demagogia.» Según él, los Parlamentos son escuelas de charlatanismo, el régimen de las mayorías representan el triunfo de la inepticia, el sistema representativo es, en general, un atentado contra el sentido común. ¿Qué más? La misma Prensa debe salir á la calle con mordaza.

### EL ESTADO CIENTÍFICO

Estas son las negaciones. Luego viene la afirmación. Para salvar al mundo, Chamberlain concibe un Estado alemán organizado científicamente. Su idea del Estado tiene proporciones teratológicas. En él nadie tendrá un fin propio, sino que será medio, instrumento, servidor de esa pedantesca abstracción que Chamberlain denomina Estado. En su cúspide, como encarnación de su idea, habrá un monarca, pero un monarca de verdad, no uno de esos monarcas teatrales, con corona de papel, que Chamberlain ve en otras partes. Un monarca absoluto, sin esas ridículas limitaciones que se llaman sistema electoral, Parlamentos, mayorías y constituciones. Naturalmente, al monarca le rodeará un Consejo de sabios encargados de la organización científica del Estado. Yo me represento las funciones de este Consejo. Por ejemplo, el que substituya al que hoy se llama ministro de Estado ó de Relaciones exteriores será un consumado especialista en psicología individual y racial. Conocerá muy científica y sistemáticamente la psicología del hombre en general, y además la psico-

logía de cada hombre según su raza y el grado de cultura alcanzado por su pueblo. Por este procedimiento, la diplomacia alemana será irresistible. Podemos concebir lo que en manos de un sesudo profesor de psicología, puesto al frente del ministerio de Estado, será de esos embajadores anglosajones y latinos que hasta hoy constituían la desesperación de los alemanes. Y los embajadores que Alemania envíe á los países que aún conserven su independencia serán también profundos psicólogos, pero psicólogos científicos, naturalmente, y no diletantes. Aquí, á Madrid, por ejemplo, suponiendo que España no llegue con el tiempo á ser una provincia alemana, enviarán un especialista en psicología que podríamos llamar étnico-caótica, pues seguramente España está dominada por lo que Chamberlain denomina el caos étnico, ó sea una degeneradora mezcla de razas en la cual prepondera el elemento semítico. A Londres mandarán un psicólogo de la perfidia; á París un psicólogo del sensualismo, y á Roma, si el emperador no quiere dejar en ridículo á su apologista y amigo Chamberlain, enviarán un psicólogo de la delincuencia. Así completará la ciencia la obra de las armas en su tarea providencial de dominar al mundo, que es como decir salvarle.

En esta maravillosa organización científica, todos los problemas adquirirán una extremada simplificación. Considérese, por ejemplo, el problema colonial. En vez de despachar á las colonias gobernadores

aventureros y en general incultos, irán antropólogos, etnólogos, psicólogos de razas primitivas. En la metrópoli todo irá como una seda. Que aumenta ó disminuye en exceso la población, que es menester para el bien del Estado que nazcan más hombres que mujeres—esto es siempre conveniente en un país guerrero—, pues se llama al consejero correspondiente, un glorioso profesor de biología y eugenesia, y él resolverá la dificultad con la misma sencillez con que un naturalista, un hortelano ó un ganadero modifica y mejora una especie vegetal ó animal.

En todos los órdenes se tocarán los magníficos resultados de esta organización científica. Hace falta, por ejemplo, que en el Estado haya más artistas; pues se echará también mano de la biología, de la eugenesia y, sobre todo, de la psicología del genio, y con estos auxiliares se producirán cuantos Goethes y Wagners sean necesarios. Para la producción de los hombres de ciencia no será menester hacer nada; como hasta ahora, ellos seguirán surgiendo espontáneamente, como los hongos.

En cuanto á toda cuestión de orden social, apenas alguna turba poco disciplinada aún dé señales de inquietud, basta que algún especialista en psicología de muchedumbres, algún Le Bon germánico, estudie la naturaleza del problema y ordene, para resolverlo, una ligera descarga de fusilería. Eso sí: en el Estado debe reinar un orden absoluto, un equilibrio perfecto, una estabilidad inalterable.

En rigor, nadie tendrá motivos de descontento: desaparecerá la miseria, habrá pan para todos, retiros en la vejez, socorros en la enfermedad y, como fuente de inefable felicidad, la alegría de ser útil al Estado. Y el Estado, ¿qué dará en cambio? Pues dará á sus servidores y adoradores, como recompensa á sus esfuerzos y docilidad, lo que Chamberlain considera como una estupidez si se toma como punto de partida: al final de los tiempos les dará libertad, aunque no nos especifica de qué formas ha de revestirse.

He ahí el ideal que uno de los más fervorosos pangeriristas de Alemania ofrece al mundo para el día del triunfo. Por lo que hemos visto, es el ideal de un pueblo intensamente civilizado; el ideal de un Estado organizado científicamente, como una gigantesca factoría ó como una ganadería; el ideal de una autocracia efectiva, absoluta, sin representaciones populares ni luchas por la libertad; el ideal de un monstruo abstracto que no se nutre, como los viejos dioses, de sangre humana, sino de lo que revela un refinamiento más cruel é inhumano: de este supremo bien que se llama la personalidad.

Es el ideal de la ilimitación, de un dominio sin fin en el espacio, en el tiempo y sobre los espíritus. Los alemanes no conciben que el resto del mundo sonría ante este ofrecimiento y lo decline con las más rendidas gracias. Lo atribuyen á ignorancia, á desconocimiento de sus excelencias. Y cuando se informan